

UN MENSAJE A CALIXTO GARCIA

Por ELBERT HUBBARD
(Versión de J. Barturen)

Las condiciones sociales e industriales han cambiado mucho desde que Elbert Hubbard escribiera "Un Mensaje a García", hace ya más de cincuenta años.

Pero el principio de que el éxito sonríe al hombre que sea capaz de llevar un mensaje a García, mantiene su vigencia en nuestros días.

Por esa razón, este trabajo es presentado exactamente tal como fue escrito el 22 de febrero de 1899.

ENTRE todos mis recuerdos de las luchas emancipadoras cubanas, un hombre se destaca sobre el horizonte de mi memoria como el planeta Marte cuando se halla en su perihelio. Al estallar la guerra entre España y los Estados Unidos, surgió la imperiosa necesidad de comunicarse rápidamente con uno de los líderes insurgentes, el general Calixto García, que se hallaba en algún lugar agreste de la región montañosa de Cuba, sin que nadie fuese capaz de precisar dónde. Era imposible comunicarse con él por medio del correo o del telégrafo. El Presidente de los Estados Unidos necesitaba asegurarse su cooperación con la mayor prontitud.

¿Qué hacer?

Alguien se acercó entonces al Presidente y le dijo:

Hay un sujeto llamado Rowan que puede hacerlo. Si existe alguien capaz de encontrar a García, ese hombre es Rowan.

Rowan recibió órdenes de comparecer y le fue entregada una carta para García. Cómo fue posible que "un tal Rowan tomara la carta y colocándola en una pequeña cartera de material impermeable la atara sobre su corazón; que cuatro días después desembarcara durante la noche en la costa cubana utilizando un bote y desapareciese acto seguido en la manigua para emerger tres semanas más tarde al otro lado de la Isla después de atravesar a pie un país hostil una vez cumplida su misión, son cosas que no deseo contar ahora en detalle.

El punto que deseo destacar es éste:

El Presidente Mc Kinley confió una carta a Rowan para ser entregada a García; Rowan tomó la carta y no preguntó: ¿Dónde se halla ese señor?

He aquí un hombre cuya figura merece ser fundida en bronce impecadero y su estatua colocada en todos los centros educacionales del país!

Porque no es educación librecita o simple instrucción acerca de esto o de lo otro lo que necesitan nuestros jóvenes, sino aquello que les enseñe a ser leales a la confianza depositada en ellos; a actuar con prontitud; a concentrar sus energías... en suma, a llevar "un mensaje a García".

El general García ya no existe, pero hay otros muchos Garcías.

No existe hombre que haya intentado realizar una empresa donde muchas manos sean necesarias sin que se haya visto obstaculizado una y otra vez por la estupidez del hombre mediocre —la falta de habilidad o la ausencia de voluntad para concentrarse en una cosa y hacerla—. Y es que la regla fija en estos casos parecer ser la ineptitud, la negligencia, la indiferencia y la falta de celo en el trabajo. No es posible que un hombre pueda triunfar a menos que se asegure la ayuda de otros apelando a toda clase de recursos, o bien que el buen Dios haga un milagro y le envíe el Ángel de la Luz como asistente.

Usted, lector, someta este asunto a una prueba:

Imagínese que se halla usted sentado en su oficina. Seis empleados están a sus órdenes; cite a uno de ellos y dígame:

—Haga el favor de consultar la enciclopedia y hágame un breve memorándum sobre la vida del Correggio.

¿Piensa usted que ese empleado le dirá: —Sí señor—y se dará en el acto a la tarea?

Por supuesto que no. Puede usted dar por seguro que le mirará tontamente y le hará alguna de las siguientes preguntas:

—¿Quién es ése?

—¿Qué enciclopedia?

—¿Dónde está la enciclopedia?

—¿Usted me ha empleado a mí para eso?

—¿No dirá usted Bismarck?

—¿Por qué no lo hace Carlitos?

—¿Está vivo o muerto ese señor?

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—¿Le parece que le traiga el libro y lo busque usted mismo?

—¿Para qué desea usted ese memorándum?

Puede usted apostar diez contra uno a que después de contestar las preguntas y después de explicar cómo hallar la información solicitada, ese empleado saldrá y apelará a la ayuda de algún otro para encontrar su "García". Al fin, volverá para decirle que el tal Correggio no aparece en la enciclopedia. Podría ser posible que yo perdiese mi apuesta, pero lo creo de veras difícil si

nos atenemos a la Ley de los promedios.

Ahora bien: si usted es lo bastante paciente no se molestará en decirle a su asistente que Correggio se encuentra en la "C" y no en la "K", sino que le sonreirá amablemente y le dirá: —No se moleste—e irá a buscarlo usted mismo...

Y es esta incapacidad para la acción independiente, esta estupidez moral, esta enfermedad de la voluntad lo que hace que el socialismo puro, por ejemplo, no pase a ser una utopía. Pues si los hombres no actúan siquiera en beneficio de su interés particular, ¿qué serán capaces de hacer cuando su esfuerzo tenga que ser realizado en favor de la comunidad?

Solicite usted un estenógrafo y verá que nueve de cada diez, ni tienen ortografía ni conocen el uso de los signos de puntuación. Y lo que es más grave aún ni siquiera creen que ello sea necesario.

¿Puede un hombre en su situación escribir "un mensaje a García"?

—Vea usted ese tenedor de libros—me dice el superintendente de una gran fábrica.

—Sí, ¿qué le sucede?

—Pues que conoce bien su oficio y si usted le manda a hacer alguna gestión en la ciudad es posible que la ejecute perfectamente. Pero lo más probable es que haga algunas escalas en tres o cuatro horas y que al llegar a su destino no recuerde ni para qué ha sido enviado allí. ¿Cree usted que a semejante sujeto se le pueda confiar "un mensaje a García"?

Frecuentemente oímos o leemos expresiones de lacrimosa simpatía hacia "el ciudadano explotado que gime bajo el yugo de su trabajo", o. "el errante sin hogar en busca de un empleo honesto", y todo esto acompañado de duras palabras contra los hombres que tienen en sus manos el poder.

Pero nada se dice, en cambio, del patrono que envejece prematuramente en su vano empeño de lograr que sus apáticos subordinados hagan un trabajo inteligente, ni de su largo y paciente esfuerzo por obtener una cooperación que se reduce a cero en cuanto vuelve la espalda.

En todo centro de trabajo se desarrolla un constante proceso de selección. El patrono elimina o posterga a aquellos que demuestran su incapacidad para defender los intereses de la casa, y procura captar a los más capaces. Esta selección se mantiene vigente tanto en épocas florecientes como en las difíciles; en éstas, esa selección es más rigurosa, pero en todo tiempo y lugar, los incompetentes, los ineptos, son eliminados. Es la supervivencia de los más aptos! De aquellos que son capaces de llevar "un mensaje a García"...

Conozco un hombre de excelentes cualidades que carece, sin embargo, de capacidad para emprender negocio alguno

por su cuenta. Por otra parte, resulta absolutamente inútil para otros, porque abriga una constante e insana sospecha de que su patrono le explota o intenta explotarlo. Es decir, que este individuo no puede dar órdenes ni recibirlas. Si se le entregara un "mensaje a García", su más probable respuesta sería: —Lléveselo usted mismo si quiere!

En la actualidad, este hombre recorre las calles en busca de trabajo, cubierto de harapos. Ninguno de los que le conoce se atreve a darle un empleo sabiendo que es un incu-rable creador de descontento.

Por supuesto, sé que ese hombre moralmente deforme, es tan digno de lástima como el físicamente inválido, pero en medio de esa compasión derramemos también una lágrima por esos otros que luchan por hacer prosperar una empresa; por aquellos cuyas horas de trabajo no conocen del límite que fija la sirena de la fábrica; aquéllos cuyos cabellos encanecen en su lucha por mantener a raya la indiferencia, la falta de capacidad y la dura ingratitud de los que sin ellos, se verían hambrientos y sin hogar.

¿Le parece a usted que he tratado el tema con excesiva dureza? Es posible; pero ahora que el mundo entero se ha dado a compadecer a los que viven en chozas, yo deseo decir mi palabra de simpatía por el hombre que triunfa, por el que, a contrapelo de toda suerte de obstáculos, ha dirigido a otros y, habiendo triunfado, encuentra que en ese triunfo no hay nada. Nada, excepto manutención y vestido.

Yo he sido jornalero y he sido también patrono. Puedo, por eso, decir algo acerca de ambas partes. La pobreza "per se" carece de mérito alguno; los harapos no constituyen recomendación. No todos los capitanes de empresa son duros y rapaces, así como no todos los pobres son virtuosos. Mi corazón está con el hombre que desempeña a conciencia su trabajo tanto si el jefe está ausente como si se halla cerca. Y ese hombre que, al entregarsele "un mensaje a García" toma en silencio la misiva sin hacer preguntas tontas y sin intenciones de tirarla en la más próxima alcantarilla, nunca se verá relegado, ni tendrá que declararse en huelga para obtener mejor salario. La Civilización es una larga y ansiosa búsqueda de tal individuo. Todo lo que pida le será concedido, y siempre será solicitado en toda ciudad o pueblo o aldea; en toda oficina, taller, tienda o fábrica. El mundo lo reclama a gritos. El mundo necesita desesperadamente de ese hombre capaz de llevar "un mensaje a García"...

Iniciativa

El mundo otorga sus mejores recompensas, así en dinero como en honores, solamente a una cosa: A la Iniciativa. ¿Qué es la iniciativa? Se lo diré: Es hacer lo debido y correcto sin que nadie tenga que decirselo.

Pero a seguidas de hacer algo sin que nadie se lo pida está el hacerlo cuando se lo ordenen una sola vez. O lo que es lo mismo, llevar "un mensaje a García". Aquellos que pueden llevarlo, alcanzan altos honores aunque su paga no se halle siempre en proporción justa. A continuación están aquellos que nunca hacen algo a menos que se les ordene dos veces: éstos no obtienen honores y sólo alcanzan pequeña paga. Luego encontramos los que hacen lo debido solamente cuando la Necesidad les pega un puntapié en el trasero. Estos recogen indiferencia en lugar de honores y una pitanza por paga. Esta especie pasa la mayor parte de su tiempo puliendo un banco y provistos de una historia de mala suerte. Todavía más abajo en esta escala, hallamos al sujeto que no hará lo debido aun cuando alguien le señale el camino y permanezca con él para cerciorarse de que lo hace. Este no encuentra trabajo nunca, y recibe lo que se merece a no ser que tenga un papá rico, en cuyo caso el Destino espera pacientemente al doblar de la esquina armado de una estaca...

¿A qué clase pertenece usted?



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA